

IRIS



NUM. 166

BARCELONA, 12 JULIO 1902

Ayuntamiento de Madrid

25 CENTS.



Oscurecía. Las principales calles de la gran ciudad comenzaban á llenarse de gente. Obreros que volvían de sus fábricas con el pucherete debajo del brazo, modistillas, empleados, desocupados, todos iban de prisa abrigándose con lo que llevaban.

Aquel crepúsculo tan triste venía acompañado de un airecillo frío, muy frío, que soplando suavemente arrastraba el polvillo de las aceras, fragmentos de basuras, pedazos de papel, los cuales corrían sin levantarse del suelo, hasta que encontrando el guardacantón de una esquina que los detenía dejaban pasar el aire que con su pausado correr, con su sople tenue, hacía vacilar las luces de los faroles cual si tiritasen de frío.

En una de las calles más tortuosas de la población, junto á un portal, se hallaba una niña pobre, raída, acurrucada contra las piedras del quicio, como pidiéndole calor á aquel portalón vetusto.

Sus pies desnudos, recibiendo las caricias del frío, se iban tornando morados, casi negros. El vestido rojo y harapiento dejaba entrever por varias partes formas de mujer naciente, formas hermosas de la edad nubil; y al sentir ella en aquella carne quizás destinada al vicio el hábito del frío, se pegaba á la puerta castañeteando los dientes, y gimiendo con voz débil; á cada transeunte decía:

—Una limosna, señor... Por Dios, una limosna... Que tengo hambre, señor. .

Y ellos pasaban de prisa, silenciosos, envueltos en sus capas y gabanes, sin mirarla, sin detenerse, adelante, siempre adelante. Siguieron desfiliando muchos, ricos, pobres, clérigos, viejos, jóvenes... y nada ni un centimillo. Pasó un burgués: iba fumando magnífico cigarro puro; al pasar frente á la chiquilla chupó y la luz del tabaco iluminó el rostro de la mendiga, al mismo tiempo que ésta repetía por milésima vez:

—Que tengo hambre... señor, una limosna. .

El la miró un instante; después se encogió de hombros y se alejó mientras murmuraba dando chupadas á su veguero: —Si tienes hambre... trabaja.

Poco á poco los transeúntes fueron haciéndose más escasos; la callejuela quedó solitaria. Una lluvia fría y menuda empezó á caer. Los ruidos de la ciudad cesaron y el silencio de un pueblo dormido reinó en las calles.

El reloj de la catedral dió pausadamente dos campanadas. La luz del farolillo del sereno brilló á lo lejos se le oyó cantar la hora y todo volvió á quedar en silencio.

—Las dos,—exclamó la niña juntando las manos,—y ni para un mal pedazo de pan... ¡Oh... madre mía!... ¿qué va á ser de mí esta noche?

Pesados pasos resonaron en la acera y la niña tuvo un momento de esperanza, pero pronto la perdió. Era un borracho harapiento que se retiraba á su casa tambaleándose después de haber pasado la noche bebiendo en la taberna. Sin embargo, tendió instintivamente la mano y gimió un ruego. El borracho se detuvo, buscó con la mirada en la oscuridad, y no viendo nada alargó un brazo y tocó.

—¡Ah!... ¡Ah!...—dijo con voz ronca, dejando escapar un vaho queapestaba á aguardiente. Una mozuela... Arza chiquilla que te va helá... ¿Pero, qué... ¿jaze tá aquí? Anda pá lante... que te voy á pagá un cortao... Bueno púé zí ezo é fuerte... chato é vino... un chatillo... anda... anda.

La mendiga se desesperó con aquella charla. Repitió una vez más su cantinela y trabajosamente empezó á alejarse de aquel sitio. El hombre harapiento la detuvo preguntándole:

—¿Cómo te llamas, mujé?

—Carmen.

—Y, ¿tú no has comido hoy?

—¡Oh... no, señor, ni ayer... Tengo hambre... mucha hambre!...

—*Mardita sea...* Hambre tú... y yo *jarto* de vino y de *comia*... *eso no pue zé...* que no *pue zé...*

Y mientras hablaba buscaba en su raída faja. Sacó una peseta con algunos céntimos y se lo dió todo á la niña. Esta al pronto no se atrevió á cogerlo; después lo arrebató febrilmente, con ansia loca y empezó á andar de prisa, de prisa, lo más deprisa que podía, dejando la pobre borracho que con frases incoherentes convidaba á la muda y vieja puerta á *cortados* de aguardiente y *chatos* de vinos...

Los concurrentes al gran coliseo empezaron á desfilar. Los cocheros medio dormidos aun pusieron en movimiento los carruajes y comenzaron las amonestaciones de los guardias. En una de las puertas se formó un corro de gomosos, esperando con aire conquistador el desfile de las damas. Y pasaron muchas, bonitas y elegantes, pero ninguna valía la pena. Eran las de siempre. Estaban muy gastadas. Tan sólo una causó curiosidad general

Era una hermosa mujer, joven, alta, bien formada, de facciones finas y ojos grandes de un mirar lánguido á veces, á veces descarado y truhanesco. Lo único que chocaba era lo moreno del cutis, un moreno sucio, así como si aquella mujer hubiera pasado su infancia á la intemperie del arroyo. También el cabello tenía algo de montañés, de cerdoso, muy brillante, muy negro, pero con marcada inclinación á revelarse contra la forma que le diera el peine. Cuando apareció reinó ese silencio de admiración que produce la hermosura y vale más que un piporo. Ella pasó sonriente, satisfecha, andando con graciosos movimientos, subió ligera á su coche y el lacayo cerrando con fuerza la portezuela sacó de su éxtasis á los curiosos que fueron diseminándose mientras hablaban con los ojos fijos en el coche que se alejaba.

—¿Quién le hubiera dicho á esa *golfa*, —murmuraban,— que llegaría á tener casa, trenes, criados y...?

—¡Bah! Chico eso no es nada más que la rueda de la fortuna: los de arriba abajoo...

—Sí... sí y los de abajo arriba, ya lo sabemos, amigo mío; pero también el amor puede mucho y una resistencia bien combinada le hace dar una vueltecita á la rueda, y no hay más remedio que convenir en ello; si no ahí tiene usted un ejemplo en esa mujer: de simple criada á esposa del banquero más rico de la población; de Carmen á secas á Excelentísima Señora. ¡Bien hacen en decir que el amor es ciego!...

Y después de estrecharse las manos, se disolvió aquel grupo de murmuradores.

Mientras tanto el coche de la señora del banquero C... rodaba por las tranquilas calles. De pronto los caballos se encabitaron y el cochero empezó á jurar. Un hombre tendido en mitad de la calle impedía el tránsito. Ella sacó la cabeza por la ventanilla preguntando:

—¿Qué pasa Juan?

—Un borracho que hay aquí tendido, señora, y ha espantado los caballos.

—Pues si no se quiere quitar, arróllalo.

El hombre incorporóse un poco y mirando al coche con fijeza:

—¿Qué, —gruñó,— ni aquí me dejáis? La calle es de todos y yo no tengo casa, conque así, veto por otro lado, miserable, pobretona; pobretona; tú eres igual que yo... Ja... ja... ¿Crees que no se tu historia, pordiosera? Ya... ya conozco el coche: siempre atropella á alguno.

La *banquera* roja de ira al ver que le recordaban su humilde origen delante de los criados, gritó al cochero:

—¡Adelante, Juan, pásale por encima!

Un latigazo feroz cayó sobre los caballos y estos salieron al galope. El cuerpo del pobre hombre se hizo una bola bajo los cascos de los brutos; después al sentir las ruedas del vehículo se estiró con una horrible contorsión y revolcándose sobre el polvo estuvo, hasta que inmóvil y rígido quedó sobre las piedras. Varios minutos después la orgullosa dama, mientras dejaba su magnífico abrigo de pieles en mano de la doncella, murmuraba:

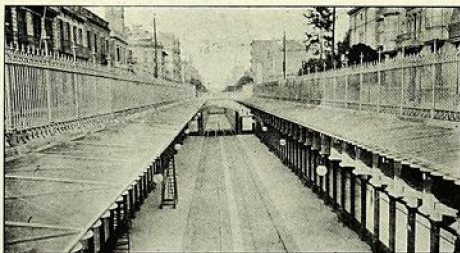


—Cada día están más insolentes esta gente del pueblo... Son unos salvajes... sobretodo los hombres: cuando se emborrachan... ¡Ab, los borrachos!... Si yo fuera autoridad...  
Y se dejó caer en una butaca al lado de la caliente chimenea.

ELADIO SOS Y GAUTREAU



ENTRADA DE LA ESTACIÓN



VISTA DEL ANDÉN DESDE LA CALLE DE CLARÍN



VISTA GENERAL DEL ANDÉN

## EL APEADERO DEL PASEO DE GRACIA

Conforme estaba anunciado se abrió al servicio público la nueva estación de los ferrocarriles M. Z. A. emplazada en la zanja de la calle de Aragón y terrenos á nivel del suelo de la misma.

A pesar de que el primitivo proyecto era construir solamente un *kiosko* sobre la zanja, ha resultado al fin y á la postre una verdadera estación de piedra y hierro, de elegante arquitectura y decorada con mucho gusto, no cabiendo en todo caso sino algún reparo á las condiciones de las escalinatas que bajan á los andenes.

Estos son espaciosos, á pesar de las dificultades que para darles amplitud ofrecía la zanja de la calle de Aragón, que ha quedado en sus dos arroyos, y en una longitud de más de doscientos metros, ó sea desde el Paseo de Gracia á la calle de Lauria, suspendida, apoyada en fuertes jácenas de hierro habilmente disimuladas.

La decoración de los andenes es el azulejo y el estuco, y si no resulta muy artístico, tampoco es de efecto desagradable, aunque si algo fría.

En el andén de la derecha, entrando por el paseo de Gracia, se han instalado, aprovechando el terreno por milímetros, el despacho del jefe de la estación y las salas de espera.

En el andén opuesto está otra sala de espera y el café restaurant. El coste total de las obras excede de un millón de pesetas.

El apeadero estación fué proyectado por el ingeniero don Eduardo Maristany y la construcción dirigida por el arquitecto D. Salvador Soteras y el ingeniero D. Rafael Codereh.

Para cruzar sin riesgo la vía de un andén á otro se ha construido un paso inferior.

En la estación apeadero paraán 54 trenes.



## EL NAUFRAGIO

**L**a luna en el mar riela,  
el mar ondula en bonanza,  
la nave rápida avanza,  
hincha el viento su amplia vela.

Mas de pronto se oscurece  
la extensión del firmamento,  
sobre el mar se lanza el viento,  
y el mar con él se enfurece.

El Cantábrico, en borrascas,  
se agita en violentas furias:  
desde las playas de Asturias  
combate en las costas vascas.

Sombras de tétricas brumas  
empañan los horizontes;  
el agua se eleva en montes  
nevados por las espumas.

Y la nave, que aparece  
sobre sus crestas erguida,  
y otras veces sumergida,  
náufraga desaparece.

Volvió la paz á reinar,  
y, entre las olas flotando,  
van otras naves surcando  
la superficie del mar.

ACACIO CÁCERES PRAT

# Policarpo el Estuquista

Bastaba contemplar el mobiliario que adornaba el domicilio de Policarpo el Estuquista para darse cuenta de su carácter «cosmopolítico» según él decía.

Una silla era de Vitoria, otra de rejilla, la de más allá de boj y la mejor del... Rastro. La cama era soberbia, estilo Luis XV; la mesa de su despacho coja, la del comedor no existía, pero hacía sus veces un cajón de la Arrendataria de Tabacos. Del techo de la sala pendían cuatro alambres retorcidos cuyas puntas arqueadas como los bigotes del marqués del Portago, sostenían otras tantas bujías que Policarpo adendaba al tendero de ultramarinos, el cual veía en él una de las legítimas esperanzas del partido democrático.

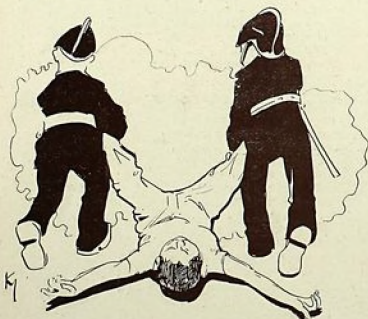
Las paredes estaban engalanadas con los retratos de Robespierre, Leon XIII, Praxiteles, Guericke, los hermanos Quintero, general Prim, Aguilera, duque de Tamames, «Garibaldi», arzobispo de Toledo y el héroe de Cascorro.

La mujer de Policarpo, según declaración del cónyuge, era también «cosmopolítica» para guisar. Echaba salmónes al cocido, chorizo á la ensalada de lechuga, canela á las ostras, mostaza al arroz con leche, tomate á las natillas, y como el vino puro no era de su agrado, lo mezclaba con agua de Loeches para no incurrir en la vulgaridad de echarle agua de Seltz. A pesar de las rarezas del matrimonio, Policarpo y su esposa Cunegunda vivían como dos ángeles, felices y contentos.

Pero ¡ah! «que la dicha del hogar fué breve.»

Llegó una noche aciaga en que las sombras que invadían el domicilio de Policarpo el Estuquista se esfumaron ante las llamas de un incendio terrible.

Ageno de cuidados el matrimonio reposaba en el lecho.



—¡Ah! ¿Y te quedas así, hecho un papanatas?

—¡Mujer, recapacita un poco! ¡No creas que te has casado con un bombero!

—¡Pronto! ¡A la calle!—dijo entrando en la habitación el sereno del barrio.—¡No hay que perder tiempo!

Los agentes que seguían á la autoridad nocturna sacaron desmayada á la esposa de Policarpo.

El humo y el calor despertaron á Cunegunda, quien, al ver las llamas, empezó á gritar desesperadamente:

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Fuego!

El eco de su voz se perdió en el vacío.

Policarpo seguía durmiendo con la tranquilidad del justo.

Hubiérasele tomado por un cadáver, si la sonoridad de sus ronquidos no le diera más semejanza en el momento aquel con un obóe.

La esposa infeliz continuó gritando vanaamente.

Indignada por el silencio del esposo le agarró de un brazo sacudiéndole con violencia.

Policarpo abrió los ojos demostrando el espanto en sus pupilas.

—¡Fuego! —le gritó su mujer.

—¡Por Dios! ¡No dispares, Cunegunda!

—¡Te digo que la casa está ardiendo!

—Bueno.

Mientras yo cenaba, sin gran apetito, pues compartía sinceramente el pesar misterioso de mi amigo, y él sorbía de vez en cuando bucheillos de cerveza, me refirió interesantes detalles de su vida, que yo ignoraba.

—¡La hora del triunfo!— exclamó, al comenzar su relato.— Si el triunfo se alcanzara sin lucha, sin el ahogo de esperanzas desesperadas, cayendo de repente, como cae el premio gordo de la lotería, sabría á míeles. Pero, cuando llega, ya la hiel más amarga de todas, la de los desengaños ha acibarado todo nuestro ser. Los laureles con que se coronan las sienes del vencedor, las rosas arrojadas á sus plantas, los tributos diversos que se rinden en alabanza suya, no traen un átomo siquiera de ventura. Resultará la vanidad halagada; pero el corazón permanece incommovible. ¡Si á lo menos pudiéramos compartir el triunfo con alguien! ¡Con una mujer adorada! Pero, ya sabes; yo vivo solitario. Siempre he estado separado de los restos de familia que tengo en el mundo. Y una mujer... Acaso, en este momento, habría participado de mi victoria; yo hubiera gozado, con goce divino, viendo reflejado en sus ojos la alegría; pero...

—Calló mi amigo; plegó sus labios largo rato: su rostro se ensombreció profundamente; y, mal reprimiendo un suspiro, continuó diciendo:

—Sí. Yo he amado con locura. La he amado, á ella, á la única, el último amor de mi existencia, el más intenso de todos. Ya hace diez años; tenía yo entonces cuarenta. Parece que ha pasado un siglo, y, sin embargo, lo recuerdo como si hubiera sido ayer. ¿Es qué lo he olvidado jamás? No. Aquel amor se compenetró con mi alma, llegando á formar parte de mi naturaleza. Pienso á veces si habrá sido un sueño. Pero, los sueños más dulces ó los más horribles, ni hacen gozar tanto ni padecer tanto, cuando resucitan en la memoria. No; el amor de Luisa, aquella joven incomparable, creada para ser ó mi gloria ó mi tormento, fué una cosa real, un astro extraño que surgió en mi camino, lanzándome por derroteros de una pasión fatal, iluminándome con auras sonrosadas del paraíso ó con rojizas llamaradas del infierno.

Suspendió de nuevo mi amigo su relato, é intentó sorber un poco de cerveza; pero, parecía tener un nudo en la garganta, y solo mojó sus labios en el líquido refrigerante. Sus manos estaban convulsas; sus ojos desceñados, con violaceos zarcos bajo los párpados; su respiración fatigosa. Debía sufrir espantosamente.

—Olvida esa historia que tanto te mortifica.—le dije, por ofrecerle algún consuelo.

—Es imposible. Es superior á mis fuerzas. Aquella mujer funesta derramó un veneno en mi espíritu que ha emponzoñado para siempre mi existencia. ¿Qué veneno? ¿La duda? La duda sobre si pude ser dichoso ó desgraciado con ella. Aquella mujer fué para mí un enigma. Fué un abismo que me atraía y me aterrorizaba. Un antro, sobre el que sonreían las flores más deliciosas, pero en cuyo fondo se escuchaban á veces espantables silbidos de encolerizadas sierpes. ¿Es que todas las mujeres son lo mismo? ¿Es que son todas una mezcla incomprensible de angel y demonio? No lo sé, porque Luisa, mi Luisa, llenó mi mente de tinieblas en todo lo que á la naturaleza de la mujer se refiere... Escucha, declara si aquella mujer fué sola en el mundo, sin parecido á otra alguna, ó son todas semejantes.

Y tomando aliento, pasando su derecha mano por la faz, como si tratara de despejar su vista de entenebrecedoras telarañas, prosiguió Ricardo su narración dolorosa.

—Luisa, huérfana de padre, vivía con su madre y dos hermanas pequeñas. Habitaban un piso principal, y en el bajo poseían una tienda de telas. Su situación, en vida del padre, había sido brillante y desahogada; pero cuando yo conocí á Luisa, luchaba aquella familia contra las azarosas contrariedades de la vida material, tan erizada de peligros, tan llena de asechanzas, tan dispuesta á disgustos. Aun le quedaba alguna fortuna, en dinero; pero no tocaban á él por nada del mundo. Vivían de las escasas ganancias de la tienda.

—Mi amada había recibido una educación esmeradísima. Mostraba una cultura superior á su sexo. Era la cabeza de la casa; la que sacaba las cuentas; la que intervenía en los negocios; la que resolvía con su sagacidad, su elocuencia y su hechicera potencia todos los conflictos. Era además joven, boni-



ta, elegante, arrebatadora. Dotada de grandes y hermosos ojos, impregnados de vivacidad á veces, y á veces de melancolía soñadora; con una boca carnosa, pequeña, no exenta de voluptuosidad; peinada siempre su cabeza con arte, haciendo resaltar la ondulosa sedosa de sus cabellos negros; su cuerpo esbeltísimo; sus manos aristocráticas; el corte de cara recordando el tipo judaico, su andar gallardísimo y suave, sin movimientos bruscos, ni desplantes chulescos, sino con algo así del resbalar silencioso y oscilante de la sierpe; fue una mujer que desde luego me subyugó á su albedrío.

«Cai en sus redes seductoras ciego y atortolado. Fué una fascinación deslumbradora; el hallazgo de un tesoro durante largo tiempo buscado con fiebre. ¡Qué miradas las suyas penetrando hasta el fondo de mi alma! ¡Qué delicadeza en sus palabras, y qué tino para no decir más de lo que ella quería! ¡Qué promesas de venturas inefable en sus gestos, en sus actitudes de abandono, en aquellos breves momentos en que, á solas podían fundirse nuestras almas!

«Pero ¡ah! Desde el primer día de amor me sentí herido de infinitas de dardos que tuvieron á mi pobre corazón en perpetuo suplicio! Su casa se veía constantemente frecuentada de visitas, de amigos jóvenes, que despertaban en mí unos celos furiosos. A todos sonreía ella. hasta en mi presencia, y son-

reía lo mismo que á mí con seducción infinita. Si salíamos de paseo, su mirada se fijaba en todo transeunte, de apostura gentil, y parecía abismarse en pensamientos profundos, misteriosos, llegando hasta ni á percibir mis recriminaciones. Mis celos estallaban á cada momento; pero ella me aplacaba con una sonrisa enloquecedora, exhortándome á tener confianza en ella. «El día en que no te ame, te lo diré», me decía con la mayor sangre fría, dejándome suspenso entre dudas y



esperanzas. Otra de las especialidades de su carácter era su tendencia positivista, calculadora. Más que de amor, hablábame de mis trabajos, de los rendimientos que obtenía de ellos. Desgraciadamente, en aquella época, mi inteligencia flotaba todavía en las nubes. Era yo poco práctico. Vestía con descuido, cosa que á Luisa la sacaba de sus casillas. Un día advertí que rehuía mi compañía delante de visitas encopetadas ó en lugares públicos distinguidos. «Pero, tú no me amas», la decía loco de desesperación. —No amas mi persona sino mi exterior. —Y ella respondía con ternura indefinible: «Si, te amo; pero es menester vivir con el mundo.» Y me dejaba convencido, pues siempre, á mis ojos, llevaba razón.

«Esta lucha duró medio año. Rompía con ella todos los días, y volvía á su casa al día siguiente, sumiso, dócil, prometiendo hacer cuanto ella deseaba. Mientras estaba á su lado, no formulaba yo protesta alguna. Me hallaba hipnotizado por su talento y su hermosura. Pero luego, cuando me ausentaba, volvían mis dudas, mis zozobras, recordaba minuciosamente todos los pormenores, frases, gestos, miradas, que había recogido durante nuestra entrevista, y exclamaba con rabiosa angustia: «Esta mujer me engaña; no me ama; jamás ha salido un grito de amor verdadero del fondo de su ser. Está jugando con mi corazón, como un niño con un pájaro, sin caer en la cuenta que me martiriza cruelmente. Esta mujer no ama más que su persona, la adoración que se la tributa. No, no y no. Jamás será feliz con ella, yo que, en mis largos años de soledad y de pesar, estoy tan sediento de cariño.»

«Finalmente, nuestras visitas fueron escaseando. Casi siempre que iba á verla, había salido, ó se encontraba enferma. Noté en su acento cierta actitud, que me lastimó en extremo. Cuando se hablaba de mi situación dificultosa y de mis sueños espléndidos, no podía ella disimular una sonrisa de burla. Era un ligero pliegue á cada lado de su boca; pero era lo suficiente para helarme la sangre. ¡Oh! Si; aquella mujer dudaba de mí porvenir, y yo, á mi vez, dudaba de la sinceridad de su afecto. Me revestí de energía, y me despedí de ella para siempre, antes que llegara el momento de ser para ella despreciable ú odioso.

Y Ricardo, exhalando un suspiro hondísimo, habiendo ya terminado mi cena, me invitó á levantar-me, saliendo ambos á la calle, y encaminándonos hacia su casa.

Solo me dijo por el camino:

—Ya ves de que sirve que me haya llegado la hora del triunfo.

Y con voz conmovida recitó aquellos versos de un gran poeta que pintan el estado moral en que se hallaba Ricardo.

Hoy rompe á veces un nombre  
la indiferencia del vulgo,  
y á veces también su aplauso  
trémulo y turbado escucho.

Pero como estás muy lejos,  
y en vano te llamo y busco,  
páreceme que resuena  
en el hueco de un sepulcro.

### III

—Un lacayo ha traído esta carta para usted,—le dijo la criada, al entrar en casa.

Miró el sobre Ricardo, y empalideció horriblemente. Abriólo, desgarrándolo, y leyó el contenido del escrito con una ansiedad espantosa. Concluida la lectura, dejó caer la carta sobre la mesa de su escritorio, y, sintiéndose vacilar, se sentó en la butaca más próxima. Su pecho jadeaba, su cuerpo parecía preso de un desmadejamiento extremo.

—¿Qué te dicen? ¿Quién te escribe?—le pregunté tomando la carta.

—¡Léela!—replicó con voz apagada.

La carta decía:

«Mi siempre amado é inolvidable Ricardo: Acabo de presenciar tu triunfo, y no he querido acostarme sin enviarte mi felicitación más calurosa. He sido una de las personas que más te han aplaudido. ¡Cuánto he gozado! ¿Por qué no me comprendistes? ¿Por qué no alcanzaste antes la victoria? ¿Qué felices hubiéramos sido los dos! Has sido el hombre á quien he amado más en el mundo. Ya es imposible hoy. No me pertenezco, y tú eres ya muy viejo. Pero, sabe que con el alma estaré siempre contigo, siempre me regocijaré con tus éxitos. Adiós, Ricardo. ¿Te acuerdas de mí? Recibe un beso, por medio de este escrito, así como aquel beso, el único que nos dimos, en que fué intermediaria una rosa. ¿La conservas todavía?—*Luisa.*»

—¡Vamos! ¡Cálmate!—le dije á mi amigo, viendo que lloraba desconsoladamente.—Conviene que te acuestes, y que olvides para siempre á esa mujer fatal que se complace solo en tu martirio.

—¡Bien! ¡Déjame!—repuso, con voz seca, levantándose aceleradamente.—Quiero estar solo. Que te acompañe la criada para abrirte la puerta de la calle.

A pesar mío, obedecí la orden de mi amigo; y no salieron vanos mis tristes presentimientos. Aun íbamos la criada y yo á la mitad de la escalera, cuando sentimos una detonación.

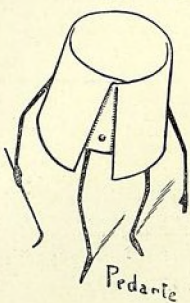
Subí volando. Ricardo, que yacía en el suelo, bañada la cabeza en sangre, acababa de dispararse un pi-toletazo.

(Dibujos de P. de Rojas)

JOSÉ DE SILES



# El cuello hace al hombre



Pedante



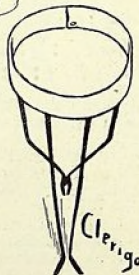
Burgues



Cochero



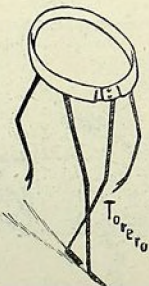
Carnicero



Clerigo



Artista



Torero



Tabernero



Cegante

Con  
los se  
dores e  
album

Sido  
Zola.  
La  
Bernar  
El a  
Aureli  
La v  
ta, por  
El p  
por P  
xis.  
Sant  
mour,  
lio Zol  
La p  
Coques  
Emilio  
El se  
cadals  
lliers o  
Sint  
Los  
sar (il  
Molene  
El n  
Federi  
La v  
por Ca  
Para  
nistra  
za de

Sust  
tras co  
se pue  
y vert  
1.<sup>a</sup>  
2.<sup>a</sup>  
giza.  
3.<sup>a</sup>  
mano.  
4.<sup>a</sup>  
nante.

RES

# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 28.º de regalo, del álbum JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

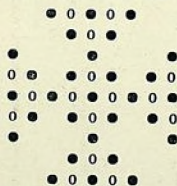
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

## CRUZ LOGOGRÁFICA



Sustituir solo los puntos por letras consonantes para que entonces se pueda leer en líneas horizontales y verticales:

1.ª Composición musical (plural).  
2.ª Villa de la provincia de Zaragoza.

3.ª Punto cardinal.—Número romano.—Consonante.

4.ª Vosotros.—Artículo determinante.—Preposición impropia.

5.ª Nombre que se da en los Estados Unidos al partido radical.

6.ª Vosotros.—Moneda decimal



del Perú.—Preposición impropia.

7.ª Punto cardinal.—Número romano.—Punto cardinal.

8.ª Villa de Zaragoza.

9.ª Hoyos.

NOTA.—Como el título indica se trata de un logogrifo y la clave para las consonantes es el significado 5.º 6.º central.

NOVEJARQUE

Con estos grandes calores los callos hacen sufrir, pero encontrarás remedio usando el LADIVONSIM.

Hemos recibido el pequeño poema que con el título de *Julietta* ha publicado don Luis Martínez Herberos, el cual revela felices disposiciones para el cultivo de este difícil género.

## ACERTIJO

IS P LA

## NOVEJARQUE CHARADÍSTICO

1.ª Tiempo de verbo.  
2.ª Adjetivo; hilo ó seda poco torcidos.

3.ª Caso oblicuo de un pronombre.

4.ª Adverbio de negación.

5.ª Letra diminutiva.

6.ª Adverbio de negación.

Todo: Lo forman las seis sílabas verticalmente y expresan el nombre de tres emperadores romanos.

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada en acción:

CE-LI-DO-NI-A

1.ª 2.ª 3.ª 4.ª 5.ª

(Hierba medicinal)

Jeroglífico.—

DI VOHVNV | DIAGRAMA

Cuarteto silábico.—

MAR	TI	NI	CA
TI	TI	CA	CA
NI	CA	NO	RA
CA	CA	RA	SA

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. R.—Madrid.—La poesía vale mucho; respecto á publicar trabajos con la frecuencia que usted desearia,—y yo también,—habrá grandísimas dificultades.

A. B.—Zaragoza.—Reconozco en usted notables condiciones, pero aun así se advierten algunos defectillos en la poesía; conque, no desanimarse, y envíe usted alguna otra.

J. G. R.—No puedo publicar sus poesías por haber pasado ya la oportunidad.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSERTAR 60 NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ITALIA



INFANTERIA: BERSAGLIERI EN CAMPAÑA